

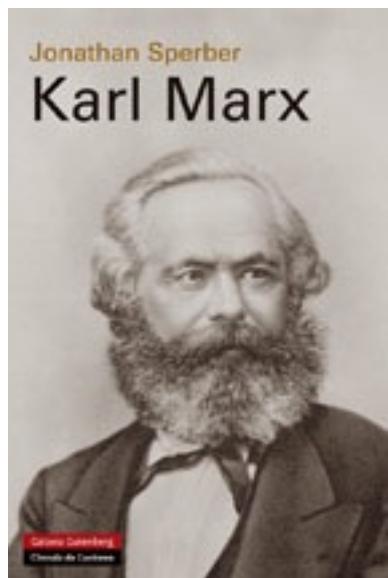
## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

### El *Karl Marx* de Sperber o de cómo enterrar decorosamente el legado marxiano<sup>1</sup>

Francisco Erice

Universidad de Oviedo

Decía Lenin, al comienzo de *El Estado y la revolución*, que a los teóricos y «jefes de las clases oprimidas», sometidos en vida al odio y la calumnia de los opresores, se les intentaba convertir, después de su muerte, en iconos inofensivos, rodeándolos de cierta aureola y al mismo tiempo mellando el filo revolucionario de sus doctrinas. Operaciones de este tipo, entre la catarsis, la desideologización y el espectáculo trivial, parecen subyacer en algunos de los *retornos* de Marx y de un comunismo *sui generis* que —en palabras de Iván de la Nuez que parafrasean otras del viejo maestro— regresa no ya a modo de tragedia o farsa, sino como *estética* y producto de consumo. La frecuente presencia de la efigie del Ché en camisetas, pósters o llaveros, y la reciente y llamativa imagen de Marx en tarjetas de crédito de una entidad bancaria alemana (!) resultan sobradamente ilustrativas<sup>2</sup>.



La estrategia argumental de Sperber para desactivar a Marx es, obviamente, más sutil y académica, en la medida en que lo *devuelve* críticamente a su tiempo, en una biografía brillante, densa y detallada, de excelente factura técnica e innegables méritos historiográficos. En ese terreno, supera y corrige las numerosas biografías anteriores del pensador alemán, desde las clásicas del socialista alemán Franz Mehring (1918), el menchevique Boris Nikolaievski (1933) o el liberal Isaiah Berlin (1939), hasta las más recientes del periodista Francis Wheen (1999) o el economista y escritor Jacques Attali (2005); pasando, claro está, por la que es, seguramente, la más equilibrada y completa al conjugar lo personal, lo político y lo intelectual del personaje: la de David McLellan (1973)<sup>3</sup>. Es verdad que Sperber no incluye en su bibliografía algunas de las más significativas semblanzas de procedencia no anglosajona (como el ya clásico texto de Auguste Cornu o el de Jean Ellenstein) y que, en las referencias diseminadas a lo largo del libro, apenas recurre a citas concretas de los títulos que sí menciona al final; pero no cabe duda de que el nuevo libro integra y supera a todos los anteriores por la minuciosidad y la precisión con que reconstruye los episodios biográficos.

<sup>1</sup> Jonathan Sperber, *Karl Marx. Una vida decimonónica*, Madrid, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2013. [Traducido del original inglés el mismo año por Laura Sales Gutiérrez].

<sup>2</sup> Iván de la Nuez, *El comunista manifiesto. Un fantasma vuelve a recorrer el mundo*, Madrid, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2013.

<sup>3</sup> De todas ellas hay versiones castellanas.

ficos del pensador de Tréveris y la destreza con la que enlaza su trayectoria vital y su actividad político-intelectual.

El personaje que, finalmente, sale compuesto del experto taller de Sperber, es un Marx más complejo y humanizado del que suele presentarse; un intelectual que no escribía pensando en la posteridad, sino para abordar los problemas de su tiempo, frente a lo que todavía se imaginan quienes se han dedicado a girar como satélites alrededor de sus palabras<sup>4</sup>; que fue evolucionando y construyendo su pensamiento a lo largo de una vida intensa y agitada. Es el Marx de las múltiples facetas, el de la fijación en la germinal experiencia jacobina; el rusófobo pertinaz; el periodista imaginativo y fértil; el intelectual perpetuamente influido por Hegel y a la vez fascinado por el positivismo y la nueva ciencia; el revolucionario y conspirador permanente; el economista —Sperber *dixit*— con escasas dosis de profeta; el exiliado, el activista, el veterano y el ícono... Cuando un historiador como el que nos ocupa es capaz de combinar certeramente todos estos ingredientes, los resultados son, a menudo, fascinantes. Sin llegar a trastocar radicalmente la imagen general que teníamos de Marx, Sperber sí introduce multitud de matices y ofrece a menudo otras miradas alternativas, siempre bien documentadas, ya se trate de temas más o menos banales como los escarceos prematrimoniales del joven Marx y su prometida, ya de cuestiones políticamente más relevantes, como las relaciones a menudo conflictivas con sus correligionarios, las fuentes de inspiración del *Manifiesto Comunista*, su protagonismo en la Asociación Internacional de Trabajadores y otros muchos asuntos que se amontonan en este libro sólido y sabiamente construido.

Como virtud adicional, hay que señalar que Sperber no se deja seducir, en general, por dos de las tendencias más frecuentes entre los autores de biografías: la identificación con el personaje o el recurso a la ficción y a las interpretaciones psicologistas con el fin de llenar vacíos documentales o explicar episodios para los que carecemos de claves suficientes. Que no llegue a caer en el «síndrome de Estocolmo» con la figura analizada, puede considerarse normal, ya que Sperber no se identifica ideológicamente con ella, lo que no impide reconocimientos parciales de sus méritos intelectuales y, sobre todo, el rechazo de cualquier forma de demonización, tan habitual en los adversarios de Marx. Que no incurra en interpolaciones verosímiles o no recurra al relato literario ficcional dice mucho a favor de una biografía de hechuras clásicas y afortunadamente alejada de los estériles alardes postmodernos.

Dicho esto —que no es poco— acerca de los méritos de Sperber, el principal problema del libro radica, a mi juicio, en lo que encierra, paradójicamente, a la vez, su mayor virtud: la precisa contextualización del biografiado en el siglo XIX, que le conduce a la idea recurrente de que Marx ha dejado de ser nuestro contemporáneo y por tanto su crítica no atañe en modo alguno a los problemas del presente. ¿Para qué escribir, entonces, una biografía como ésta, dada la nula vigencia de las ideas o los proyectos políticos que el viejo revolucionario decimonónico sustentó? La respuesta que da Sperber resulta particularmente significativa: nos permite establecer mejor el nítido contraste entre su época y la nuestra y así «esclarecer nuestra situación actual». De ese modo, el

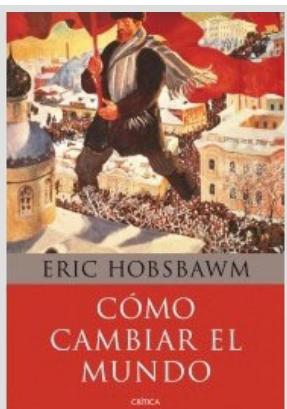
---

<sup>4</sup> Expresión del «giro» mencionado, tomada del monólogo teatral de Howard Zinn *Marx en el Soho*, en la que el viejo revolucionario vuelve a la vida en el Soho neoyorquino para limpiar su nombre y mostrar que sus ideas no han muerto. [En línea: disponible en [kehuelga.net/diario/IMG/pdf/marx-en-el-soho.pdf](http://kehuelga.net/diario/IMG/pdf/marx-en-el-soho.pdf)].

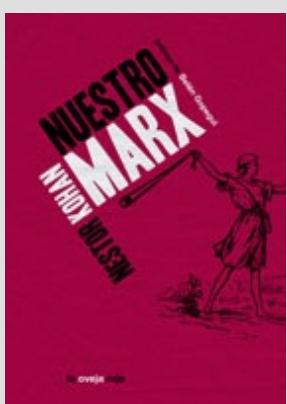
espectro de Marx, una vez conjurado, puede ya descansar tranquilo, lejos de un mundo que no es el suyo.

La pretensión de Sperber es, desde luego, legítima, y parece evidente que, más allá de que se suscriban o no sus planteamientos, contribuye a una desacralización saludable, cuestionando interpretaciones equivocadas acerca del sentido de muchos de los textos y las propuestas políticas de Marx. Pero el problema es que, en su obsesión por demarcar de manera estricta el pasado (el de Marx) y el presente (el nuestro), la propia valoración del legado marxiano sufre una evidente distorsión o, cuando menos, es objeto de una notoria minusvaloración. Porque ¿no podría también argumentarse, *a contrario sensu*, que el capitalismo neoliberal del siglo XXI tiene los suficientes parecidos con el del XIX para que todavía sigan resultando de interés (y no meramente arqueológico) los análisis de Marx? ¿Acaso no sucedería en cierto modo —como planteaba no hace mucho Hobsbawm— que el actual capitalismo globalizado se asemeja sospechosamente a la imagen esbozada en el *Manifiesto* de 1848 y que el doble fracaso del liberalismo político y económico, por separado o en combinación, para resolver los problemas de nuestro tiempo, nos obliga una vez más a «tomar en serio a Marx»<sup>5</sup>. ¿No sería menos cierto que —como asegura Kohan— su pensamiento aún «sigue quemando» y que hoy renace «el Marx de la teoría crítica, la filosofía de la praxis y la concepción materialista de la historia», el «guía inspirador de rebeliones radicales y explosivas que aún no han comenzado»<sup>6</sup>. ¿Hasta qué punto se trataría ya, en caso de que este supuesto fuera aceptado, del Marx histórico y su amplia producción escrita, o de un Marx *reloaded*, recargado y actualizado, por utilizar la expresión de Postone?<sup>7</sup>.

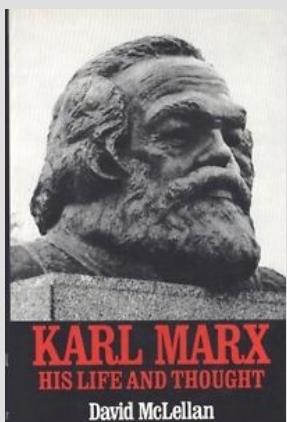
Entrar de lleno en ese debate no puede ser, obviamente, objeto de estas breves líneas, pero sí cabe argüir que, al abandonar como inoperantes las conexiones de Marx con los problemas de nuestro tiempo, Sperber termina por minimizar el alcance de su legado y por examinar de manera inadecuada e insuficiente su producción intelectual. Porque donde su análisis resulta más endeble, incluso netamente inferior al de —por ejemplo— David



Hobsbawm, E. *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo, 1840 - 2011*, Crítica, 2011



Kohan, N. *Nuestro Marx*, La Oveja Roja, 2013



McLellan, D. *Karl Marx, su vida y su obra*, 1973 [traducción castellana: Crítica, 1977]

<sup>5</sup> Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo, 1840-2011*, Barcelona, Crítica, 2011.

<sup>6</sup> Nestor Kohan, *Nuestro Marx*, Madrid, La Oveja Roja, 2013.

<sup>7</sup> Moishe Postone, *Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2007.

McLellan, no es en lo referente a la vida familiar y personal de Marx (soberbiamente reconstruida), ni siquiera en lo que atañe a su actividad política (bien descrita y eficazmente insertada en el contexto histórico del momento), sino en lo que, en definitiva, constituye la principal herencia del personaje: su aportación teórica e intelectual. Resulta significativo que la máxima valoración de Sperber, en este aspecto, se proyecte sobre la labor de Marx como periodista, acerca de la cual pone justamente de relieve su calidad y extensión. Pero no hay que olvidar que es en esta faceta en la que las opiniones de Marx resultan más fluctuantes, coyunturales y —aunque no siempre— generalmente menos perdurables, una vez pasado el contexto en el que se formularon.

Llama la atención, desde luego, la escasísima consideración o las valoraciones apresuradas que el libro contiene en cuestiones tales como la concepción marxista de la historia, su visión de la filosofía y la ciencia o su teoría económica. Cabría esperar legítimamente que una reconstrucción esmerada como la de Sperber utilizara al menos, como puntos de anclaje, algunas de las principales «lecturas» o interpretaciones de la obra teórica de Marx, aunque fuera para distanciarse luego de ellas. Sin embargo un simple vistazo a la bibliografía final produce cierta decepción y revela, en este punto, una inesperada penuria. ¿Puede acaso hacerse un balance solvente sobre la Economía política de Marx sin contar con Schumpeter, Rosdolsky, Mandel, Dobb, Sraffa, Morishima, Joan Robinson, Kalecki, Postone, etc. etc.? ¿Cómo puede sustanciarse un repaso a las concepciones históricas, sociales o políticas de Marx sin que aparezcan en escena Weber, Kolakowski, Bottomore, Eagleton, Lichtheim, Gouldner, Hobsbawm, Shanin, Polanyi, Wallerstein, Elster y tantos otros nombres *imprescindibles*?

Resulta cuando menos sorprendente que un historiador como Sperber dedique tan exigua atención a la concepción marxiana de la historia (la previsible entrada «materialismo histórico» ni siquiera figura en el índice analítico del libro), más allá de algunas observaciones sueltas sobre las obras de juventud (algo más de *La Ideología Alemana*; casi nada sobre la *Miseria de la filosofía*). A ello se añaden algunas referencias críticas —tal vez certeras, pero banales y sabidas— sobre la distinción infraestructura-superestructura y... poco más. Los textos de los *Grundrisse* sobre las vías de acceso al capitalismo, las polémicas acerca del *Marx tardío* y su valoración de los desarrollos periféricos, la teoría de las clases, etc., apenas merecen siquiera un mínimo tratamiento, casi siempre más circunstancial que sistemático.

No vamos a extendernos sobre el juicio que le merece a Sperber la teoría económica de Marx, que —en una de las tomas de partido más inusualmente contundentes del libro contra el personaje— califica de «retrógrada». Teoría que —como han señalado otros críticos del libro— a menudo parece no entender o interpretar erróneamente, y que juzga superada desde la petulante atalaya de las inanidades y lugares comunes de la economía académica liberal. Tampoco vamos a redudar sobre la insistencia del historiador norteamericano en subrayar —con observaciones sustentadas sobre énfasis contradictorios— las supuestas impregnaciones «positivistas» del revolucionario alemán, dada la laxitud con que el historiador maneja el término, en aparente sinonimia con el simple interés mostrado por los nuevos desarrollos de las ciencias físico-naturales de su época.

Es de agradecer que Sperber nos demuestre —creo que fehacientemente— que la visión de Marx de la violencia revolucionaria nos remite mucho más a Robespierre que a Stalin, o que nos

alerte de que muchos conceptos marxianos a los que se ha dado trascendencia «universal» deben ser comprendidos más bien dentro del estricto campo de significados propio de su época. Pero todo eso no nos ayuda a entender por qué Marx sigue siendo leído y discutido en nuestro tiempo. Y no bastan, para explicarlo, las prácticas neutralizadoras de la sociedad del espectáculo y la mercantilización generalizada (que Marx «predijo») y que amenaza con devorar incluso a las figuras más heterodoxas y críticas; o la comprensible pertinacia de los mitos resistenciales dentro de la izquierda derrotada. Seguramente, tiene también mucho que ver con la insatisfacción de historiadores y científicos sociales con la deriva idealista y las banalidades pseudo-trascendentales de la filosofía postmoderna o la historia postsocial. Tampoco puede ser ajeno a la búsqueda, por parte de muchos economistas, de explicaciones algo más consistentes que las que ofrecen los mandarines del gremio y a la vez sacristanes del poder a las crisis cada vez más graves y persistentes del sistema económico cuyo diagnóstico detallado Marx se esforzó en realizar. Y, en definitiva, difícilmente cabe separarlo de la insatisfacción generalizada con un mundo cada vez más injusto y desigual, que curiosamente parece volver a recuperar gran parte de la fisonomía de la sociedad que Marx describió y que algunos consideraban definitivamente superada. El Marx monologuista de Howard Zinn al que antes aludíamos lo argumenta con fuerza una y otra vez, al rechazar las supuestas maravillas del sistema de mercado («seres humanos reducidos a mercancías, sus vidas controladas por la supermercancía: el dinero»); cuando rechaza con ironía que el capitalismo se haya vuelto más humano; o simplemente, al hacerse la siguiente pregunta, que también, en cierto modo, podría ser la nuestra:

«¡Ellos proclaman que mis ideas han muerto! No es nuevo. Esos payasos llevan diciéndolo por más de cien años. ¿No os preguntáis por qué es necesario declararme muerto una y otra vez?».